

llamando á su ciudad natal, en un pasaje, «oveja leprosa, que con su contacto mancha la grey del Señor,» y «serpiente que se harta chupando los pechos de su madre.» En cambio, le parece el emperador Enrique, aun despues de conocerle y haberle tratado personalmente, un monarca ideal, el mas bondadoso y humano, enviado de Dios, que derrama la merced divina por todas partes, monarca invencible al cual deben someterse los príncipes y las ciudades sin resistencia.

Por otra parte, trabajó Dante con celo laudable en perfeccionar sus talentos y sus dotes personales, pero tambien conoce su mérito y exige que se le reconozca, y que sus contemporáneos y la posteridad le recompensen lo que ha hecho. Este reconocimiento consistia para él en la fama, y la recompensa en la corona de laurel, concedida solamente á los poetas. Esta recompensa la habia recibido, el primero, Alberto Mussato por trabajos relativamente poco importantes, y aunque Dante no era envidioso, anhelaba esta distincion porque sabia que abria nuevos horizontes. En sus primeros escritos latinos hizo notar, sin que esto fuera vanidad, que nadie habia escrito todavía sobre las materias que él habia elegido. Deseaba, pues, como recompensa merecida, no por mera vanidad, que la ciudad donde habia nacido le ciñera las sienes con la corona de los poetas, sin que por esto olvidara que tales honores son perecederos como todos los honores y recompensas terrenales y materiales. De esta manera luchó largo tiempo entre la ambicion de fama y el desprecio de las apariencias y de las vanidades exteriores sin llegar en esta lucha á un punto permanente de reposo, porque el dulce veneno de la celebridad que ya tenia adquirida, jamás perdió su eficacia.

Dante es, tambien, uno de los primeros y mas notables fundadores del estudio de los autores antiguos, en cuyo concepto, sin embargo, como en los demás, se ha exagerado por una parte su mérito, cosa explicable fácilmente teniendo en cuenta la gran veneracion con que se le mira, y el entusiasmo y minuciosidad verdaderamente asombrosos con que sus admiradores pesan, calculan y ensalzan todas sus expresiones y cada una de sus palabras, habiendo autores fanáticos de Dante que atribuyen á su ídolo el conocimiento profundo de la lengua griega, mientras otros llegan hasta ver en él un hebraísta. Por otra parte, se comprende que estas exageraciones hayan provocado una reaccion que ha llegado al extremo de que algunos sabios han borrado á Dante sin contemplacion de la lista de los autores del Renacimiento. Del exámen frio é imparcial de los escritos y de la vida de este vate resulta, sin embargo, que fué uno de los mas celosos fomentadores del estudio de las artes y las ciencias de la antigüedad clásica, no menos que de todas las demás manifestaciones del Renacimiento. Es posible que el conocimiento que tenia Dante de los autores latinos, no llegara mas léjos que el de su maestro Bruno Latini, pero tiene sobre este el mérito de haber generalizado el impulso dado á este estudio, que Latini limitaba á los mas escogidos. Así cuando de esto hablaba tomaba la actitud importante del maestro que participa á sus discípulos una cosa nueva y estupenda, mientras Dante habla de los hombres de la antigüedad como si fuesen personas conocidísimas, queridos y famosos antepasados cuyos nombres y hechos estuvieran en boca de sus descendientes, que los recordaran con orgullo y cariño. Latini, como hombre docto ante todo, habia elegido por guía á Ovidio, y Dante prefirió á Virgilio, por ser romano y poeta que cantó cosas de Italia y el desarrollo de la familia humana, y porque era el pensador filosófico cuyas ideas, entre todos los poetas latinos, se aproximan mas al cristianismo. Además de este «gentil sabio, que todo lo sabia; además de este mar de

inteligencia,» como Dante llamaba á Virgilio, conocia muchos otros autores de la antigüedad, á quienes no solamente cita sino que se esfuerza por imitar, y hasta se apropia, como cosa corriente, vocablos y oraciones enteras de estos autores. No solamente conocia los autores sino tambien el tiempo en que vivieron y que describen, de suerte que la manera de Dante de comprender la historia de Roma, fué aceptada por no pocos en tiempos muy posteriores. Expondremos aquí sus ideas sobre este particular: El imperio romano es fundado por Dios, y Dios determina los sucesos y las cosas; tanto que exclama Dante en un pasaje entusiasta del *Convite* (*Convito*, libro IV, 5): «Estoy firmemente convencido de que las piedras de los muros de la ciudad (de Roma) inspiran respeto, y de que el sitio en que esta se halla es mas venerando que todo cuanto ensalzan y celebran los hombres.» De la Roma de su tiempo no habla, sin embargo, así, antes la trata de hija degenerada, de lugar de mala fama, cuyos habitantes son indignos de su gran pasado por su modo de hablar y de vestir, y mas todavía por su carácter y costumbres.

Dante venera la lengua latina, solamente en su relacion con la antigüedad, porque para los tiempos modernos quiere que la lengua italiana conserve su derecho. Así lo manifiesta en su obra, por cierto escrita en latin, «sobre el idioma vulgar» (*De vulgari eloquio*), en la cual, salvando el respeto y veneracion debidos al idioma latino, defiende la eminencia y el derecho de la lengua popular italiana. Dante dejó esta obra sin concluir, faltando la mayor parte, y solo sabemos que en los libros tercero y cuarto se habia propuesto tratar del soneto y la balada, y de la poesía cómica y elegiaca. Cabalmente falta, con esto, lo principal, que serian las reglas y preceptos de Dante para esta clase de poesías. Lo que dice sobre el origen del idioma interesa menos, pues admite en los primeros hombres una predisposicion innata para determinadas formas idiomáticas. En cambio, es curioso lo que dice de los diferentes dialectos que en su tiempo se hablaban en Italia, ninguno de los cuales merece los plácemes del severo juez, ni los de Roma, de Espoleto, de Verona, de Milan, de Bérgamo, ni el de Sicilia, ni el de la Pulla, ni siquiera el de Toscana, «aunque los toscanos, en su loca presuncion, dice, atribuyen al suyo los honores de preclaro idioma nacional (libro I, c. 13).» Este juicio acre, y respecto del dialecto toscano injusto, pues que forma la base del italiano que usó el mismo Dante en sus obras, y de la del idioma italiano literario, no es efecto de un sentimiento menguado de envidia, como muchos, y entre ellos el mismo Maquiavelo, han querido suponer, sino expresion acaso de despecho y de dolor, porque cuando lo escribió estaba desterrado de Florencia, y decia: «Sufrimos la pena del destierro por haber amado la ciudad (patria).» Quizás, tambien, sea hijo de la conviccion de que para llegar á ser la lengua toscana la «preclara lengua principal de la corte y de los tribunales,» no bastaba que los habitantes de una ciudad ó de un país lo quisieran, sino que era menester que poetas y hablistas eminentes transformaran y perfeccionaran el dialecto convirtiéndole en instrumento artístico, como lo necesitan los genios para sus obras. Tambien opina Dante que el preclaro idioma nacional no sirve á todos ni para todo, sino que solo deben manejarlo las eminencias literarias, y solo para objetos escogidos, como para describir y ensalzar hechos de guerra, el amor, la virtud y la salvacion eterna; que el título honorífico de poeta solo correspondia á aquellos que se servian de la lengua latina, y que los que se valian de su idioma local habian de contentarse con el título mas modesto de *rimadores* (*dicitore per rima ó rimatore*). Tan superior era para Dante el título de *poeta*, que para ganarlo estuvo á punto, quizás por excitacion de otros, en particular de Juan de

Virgilio, de rehacer su Divina Comedia en lengua latina; y no cabe tampoco duda de que siendo poeta que trataba materias elevadas y frecuentaba la alta sociedad, le parecia mengua y profanacion que el vulgo leyera sus obras. Finalmente, opinaba tambien que el poeta debia conocer á fondo, como es natural, no solamente la materia de que tratara y el idioma de que hiciera uso, sino que debia haber hecho sus estudios (es decir, de los autores clásicos antiguos), y que el lego no debia meterse en poesías. Esta última exigencia, á pesar de ser efecto de un sentimiento estético muy menguado, prueba mejor que todas las citas de autores antiguos que Dante pertenece al Renacimiento, y que, habiendo adquirido su saber á fuerza de mucho y asiduo trabajo, quiere utilizarlo en todos los ramos en que se ocupa y tener la gloria que sus esfuerzos y conocimientos merecen.

Una parte esencial de la nueva civilizacion forma el estudio de la naturaleza y del hombre, así como el del mundo en que se vive. Estas ciencias naturales encontraron en Dante un apóstol celoso é inteligente, como lo prueban las innumerables alusiones y comparaciones que se encuentran dispersas en sus obras, y además una especial que escribió en los últimos años de su vida. Lleva esta obra el título: *Questio de aqua et terra*, y trata la cuestion de si la superficie acuática del globo terráqueo alcanza en algun punto mayor altura que la tierra firme, cuestion que en aquel tiempo discutian muchos y que Dante resolvió por la negativa, mientras su maestro Latini la habia contestado afirmativamente. Entonces los doctos y lo mismo Dante trataban esta cuestion á la manera de las disputas escolásticas de la Edad media; pero en el escrito de Dante resplandecen, en medio de las tinieblas escolásticas opresivas, grandes destellos de luz. Por lo demás, recomienda en el párrafo 22 de su obra que el estudioso se contente con menos conocimientos, pero seguros, en vez de atormentarse con cavilaciones sobre cosas superiores á la inteligencia humana; porque cuando Dante escribió esto veia quizás ya acercarse su fin y rehuía las nimiedades que solo podian hacerle perder de vista los objetos principales. La astronomía fué el ramo predilecto de ciencias naturales de Dante y muy intencionadamente acabó cada una de las tres partes de su Divina Comedia con la palabra *stelle* (estrella), que menciona en general, en esta como en otras obras, con particular satisfaccion. No creia en la astrología, ni en la influencia de los astros sobre el destino del hombre; se burla de los astrólogos, y si Latini calculó su horóscopo, segun se dice, es mas que probable que no se cuidara para nada de la prediccion.

Dante tenia aficion al estudio de la naturaleza; gozaba á la vista de un hermoso paisaje, y quizás fué el primer hombre que subió á la cima de montañas para disfrutar de buenas vistas y entregarse á las impresiones que en su alma despertaban. Dante tuvo el sentimiento de lo bello; sabia observar, estudiar y admirar la naturaleza y conocia y observaba tambien los seres que la animan. La mirada penetrante de este hombre, pensador profundo, cuyo espíritu parece cernerse exclusivamente en las regiones mas elevadas que es dado á la imaginacion humana alcanzar, descubre y distingue los detalles mas insignificantes de la vida vulgar y diaria, y léjos de despreciarlos, los utiliza para los símiles é imágenes con que tachona sus narraciones; así dice, por ejemplo, de un condenado, que miraba á los transeuntes guiñando el ojo como el sastre cuando enhebra la aguja; y con otras minuciosidades forma su Infierno con una precision tal, que puede hacerse y se ha hecho el plano de aquella mansion. Del mismo modo pinta los personajes con tales pormenores que el lector cree verlos y tocarlos, como á Lucifer, el monstruo de seis alas, de cuyos seis ojos destilan lágrimas y san-

grientas legañas que gotean sobre sus tres terribles garras, mientras crujiendo los dientes de sus tres bocas, como en una agramadora tritura á otros tantos condenados.

No se descuidó tampoco Dante en observarse y estudiarse á sí mismo, y lo que es mas, en comunicar á otros el resultado de su exámen, como se ve en su *Vida nueva* (*Vita nuova*), obra que, si bien está bastante reñida con la estética por ser amalgama chocante de poesía y prosa, nos presenta la vida interior del autor con tanta minuciosidad que se llega á sospechar de la veracidad de lo que dice. A pesar de esto, y de ciertas lucubraciones sobre números que hoy nos hacen sonreír, y á los cuales era muy aficionado, principalmente sobre el número 9, del cual dice, por ser igual á 3 multiplicado por sí mismo, «que es una maravilla cuyo origen no puede ser sino la misma trinidad misteriosa;» y á pesar de que en la misma obra explica sus poesías de una manera tan pedantesca y fria que hiela todo entusiasmo poético, es esta obra la primera en su clase, y como tal y por ser la precursora de todas las autobiografías posteriores, tiene un valor incalculable para la historia de la civilizacion. Dante quiso en esta obra narrar y comentar su amor y su pasion, trabajo impropio, porque el amor no se explica, pero en cambio resulta la Vida Nueva, el cuadro de un alma noble y sentimental, y un verdadero programa de los sentimientos nuevos, cuya generalizacion constituye la nueva era de la civilizacion. Esto resalta principalmente del caso siguiente: Al pasar el poeta por delante de ciertas damas nobles, que le conocieron cuando el amor le hacia feliz, y que conmovidas observan sus penas y cuitas, le interpela una de ellas diciéndole: «¿Cómo es que amas todavía á tu señora y huyes de su presencia? Explícanos esto, porque el fin que se propone semejante amor, ha de ser cosa enteramente nueva.» A esto contestó Dante: «El fin que mi amor se proponia antes, era obtener el saludo de aquella señora, y su saludo era mi dicha y el blanco de mis deseos; pero desde que ha tenido á bien negarme su saludo, Cupido, mi dueño, ha cifrado mi dicha en lo que nadie me puede quitar;» y cuando su interlocutora admirada le preguntó en qué estaba cifrada esta dicha, dice Dante: «En las palabras que ensalzan á mi señora (1).» En esta contestacion tenemos reunido el programa de toda la poesía amorosa del Renacimiento, la proclamacion del sentimiento moral y puro, ajeno á toda idea sensual, que no pretende recompensa alguna; la proclamacion de la posicion social superior de la mujer, á quien el amante contempla arrobado, como cuando ve á Dios en sus oraciones; y así como el que ora trata de recobrar su tranquilidad interior y se siente aliviado y gozoso cuando siente en su interior que Dios le ha escuchado, del mismo modo el amante experimenta inefable dicha, no con la esperanza ni la seguridad de disfrutar los goces materiales del amor, sino solo con formular alabanzas de la señora de sus pensamientos.

Esta elevacion de la mujer, designándola un puesto igual y hasta superior al del hombre, constituye otro de los principales rasgos característicos de la nueva civilizacion que acompañó al renacimiento de las artes y letras, y forma parte del impulso que llevaba á investigar la esencia de todo lo creado y á dar á cada criatura el puesto que en la nueva sociedad le correspondiera. Este fué el resultado del deseo de conocerse á sí mismo, del empeño, á menudo mas difícil, de conocer y comprender á los demás.

Al tratar Dante de estas cosas sienta muchos principios que poco á poco se generalizaron y se hicieron axiomas; así preparó, entre otras cosas, lo que el ya citado Burckhardt llamó la negacion de la nobleza, que fué luego otro rasgo caracte-

(1) Véase *Vida Nueva*, cap. 13.

ristico para todo el período del Renacimiento. Ya antes de Dante había dicho su maestro Latini: «La virtud constituye la nobleza, no la serie de los antepasados;» pero Dante habla con mas energía y va mas lejos. Aunque en un pasaje se limita a decir que el mérito personal juntamente con la cuna ilustre componen la nobleza, en otros pasajes se inclina mas y mas a la idea de que la nobleza no puede heredarse, sino que es preciso que cada individuo se la gane. Por esta razon dice en la cancion que explica en el libro 4.º del *Convite*:

Donde hay virtud hay siempre nobleza,
Pero no siempre donde hay nobleza hay virtud;

y al fin de la larga disertacion que sigue a la cancion, llega al resultado «de que no ennoblece la cuna a las personas, sino que los individuos prestan lustre a su familia;» y de este principio saca la consecuencia de que cada individuo noble debe merecer su nobleza de nuevo, porque la nobleza es:

...una capa que se achica pronto,
Tanto que si el hombre no la añade algo día por día,
El tiempo con sus tijeras la va recortando todo al rededor.
(*Divina Comedia, Paraíso, lib. 16.*)

Otro elemento esencial de la civilizacion del Renacimiento es el modo de entender la moral y las buenas costumbres, y como corolario, su relacion con la religion y la Iglesia; y en esto se manifiesta Dante, como en lo demás, verdadero apóstol de la nueva era. Justiciero inexorable, castiga en sus escritos a todos los personajes de nota cuya conducta no estaba conforme con las prescripciones de la sabiduría y de la moral, y muy hipócrita habria sido si se hubiese permitido lo que reprende y condena en los demás. El idealismo que respira toda su vida; su política grave y severa; el espíritu rígido de sus obras, no podian menos de apartarle de los plagios superficiales del mundo y elevarle a las alturas serenas, a donde no llega la embriaguez de la sensualidad. Poco significa, en frente de tales rasgos, que además de Beatriz hubiese tenido Dante otra mujer amada, ni que en su juventud hubiese sido aficionado a los placeres de la mesa mas de lo que conviene a un sabio. Estos eran pecadillos que de ningún modo podian causar inquietud al poeta respecto de su salvacion eterna. Otro pecado mas grave es el que le reprehende Beatriz, es decir, que él se reprende haciendo hablar no a su ex-amante sino a un sér imaginario al cual evoca con este nombre; y este pecado no puede ser corporal sino espiritual, como era su afición a la filosofía, a las ciencias profanas, a los autores antiguos gentílicos, estudios todos ajenos y hasta contrarios a la teología.

Dante fué siempre buen cristiano; a los epicúreos y a todos los que negaron los principios y preceptos fundamentales de la religion, los puso en el Infierno, no para halagar a la Iglesia y a sus representantes, sino por convicción propia, pero por otro lado tenia sus dudas, y le dió mucho en qué pensar la cuestion de si la materia era creada ó increada, es decir, eterna, sin que consiguiera llegar a resolverla satisfactoriamente. Como esta cuestion, fueron para él objeto de meditaciones otras del dominio de la filosofía, ciencia que, despues de la muerte de Beatriz, fué la verdadera amante del poeta, y que si no llegó a borrar la memoria de aquella, la hizo olvidar temporalmente. La *Vida Nueva* es la apoteosis de la Beatriz difunta, y *El Convite*, que Dante escribió despues y antes de *La Divina Comedia*, forma tambien la transición entre la primera y la última de estas obras, por su objeto é intencion. En este *Convite* ocupa el lugar de la célebre amante otra figura femenil, la *mujer gentil* (*la donna gentile*), mujer nobilísima, bella y perfecta, mujer gentil y gentilica, dechado de todas las hermosuras, en una palabra, la filosofía,

ciencia divina tambien, ideal superior a la amante primera. Bajo esta alegoría pinta el poeta el deseo inmenso que le atrae a la ciencia profana y gentilica, no en el idioma de los eruditos, bien que conserva la terminología de escuela, el sistema de demostracion ultrapredante de la Edad media, sino en el idioma nacional vivo, con la intencion manifiesta de comunicar estas ideas a los legos; en lo cual no hacia mas que seguir la corriente del siglo, que impulsaba a la gente ociosa y letrada a plantear problemas filosóficos y discretos. A esto se agregaba la costumbre ó afición de Dante a aducir juntos ejemplos gentílicos y eclesiásticos, como si atribuyese igual autoridad a unos que a otros, porque reconocia en el gobierno del universo la influencia del destino, del hado, que los antiguos colocaban a igual, y aun a mayor altura que los dioses. Así en un pasaje abandona, por boca de Virgilio, su poeta favorito, el gobierno del mundo a la diosa Fortuna, con lo cual, bien que indirectamente, rebaja y desconoce la sabiduría y bondad de Dios, que recompensa y castiga a los hombres segun sus méritos ó sus culpas. Esto, por supuesto, no constituye, presentado de esta manera, ninguna herejía en el autor; pero Dante, que ya se iba haciendo viejo, se acusa de ello como de un crimen que pedía reparacion, porque si era pensador y caviloso, no era polemista, y como investigador prudente, deseaba vivir en paz con el mundo y con la Divinidad. Para recobrar esta paz inventó aquella grandiosa procesion mística que figura en el Purgatorio, segunda parte de su *Divina Comedia*, y en la cual toman parte Cristo, los Evangelios, los escritos del Antiguo y Nuevo Testamento, la Iglesia y sus simbolos, y tras de ellos su Beatriz. Tanto aparato no hubiera imaginado Dante para representar simplemente su reconciliacion con su antigua amante; de modo que bajo esta alegoría debe de estar oculto un propósito mas elevado. Scartazzini, en su obra: *Dante, su época, su vida y sus obras* (1), da la explicacion siguiente, que admitimos sin reserva: «Si Dante se ha alejado de su Beatriz es que se ha alejado de la Iglesia cristiana, idealizada en la procesion mística. Sepárale de ella el Leteo, río que no puede atravesar sin haber purgado antes su delito con lágrimas de arrepentimiento sincero. Para esto se dirige la procesion hácia él y en frente de él se detiene, para volverse a poner en movimiento tan luego como Dante ha sido admitido en el círculo de las siete vírgenes que rodean el carro místico. Todo esto viene a ser, por lo visto, una alegoría de la caridad cristiana, que busca a los extraviados y descarriados. Dante se presta al llamamiento, pero antes de ser admitido en el círculo de las siete vírgenes y de poder acercarse al carro místico, ha de hacer penitencia. Su reconciliacion con Beatriz es, pues, su reconciliacion con la Iglesia cristiana, figurada alegóricamente en la procesion mística; y su aproximacion a Beatriz significa tambien su aproximacion a Jesucristo, a las revelaciones contenidas en la Escritura Sagrada, a las virtudes cristianas, al Espíritu Santo y a sus dones.»

Esta necesidad interior de acercarse a la Iglesia no es lo que hace de Dante un representante incompleto del Renacimiento, porque se puede ser un gran humanista, completamente identificado con el Renacimiento, y ser, al mismo tiempo, gran amante de la religiosidad; lo que impidió a Dante ser soldado completo de la nueva era, fué su creencia supersticiosa en la incompatibilidad de la ciencia con la religion, y el temor consiguiente de exponerse, entregándose a la ciencia, a perder las bendiciones de esta, la Iglesia; de aquí el apresurarse a renunciar a la ciencia y a someterse a la Iglesia completamente. Esto no obstante, Dante es siempre el poeta inmortal y el genio poderosísimo de su tiempo.

(1) Se publicó en alemán, en Bielefeld en 1869. (N. del T.)

Así fué venerada su memoria inmediatamente despues de su muerte, y poetas y poetas rivalizaron en cantar sus glorias. Véase, traducido en prosa, uno de los epitafios dedicados en verso a su memoria:

«Aquí yace la soberbia columna de la elocuencia romana, la gloria del pueblo toscano, honra y príncipe de los poetas, Dante Alighieri. Desterrado de su ciudad natal por la envidia, iluminó todo el orbe con su fama, porque para él no tenían secretos ni los movimientos de los astros, ni los rayos del cielo, ni las intenciones de los dioses, ni la voz del porvenir ni los signos del tiempo. Jamás le engrió la fortuna ni le desalentó la desgracia; como baluarte firmísimo, desafió la suerte variable; libre de concupiscencias, buscó solo la virtud y todo lo que es noble; por eso la muerte envidiosa no pudo ofuscar su gloria; su nombre será recordado y venerado perpetuamente y su fama jamás perecerá.»

Francisco Petrarca.



III

PETRARCA

abismo. Midiendo como los dos, como si el mérito de Petrarca corto, porque la no es ni tan variada ni tan; pero considerando a am relación con el Renacimiento, el precursor de la era u coronamiento.

le 1304 en Arezzo, donde sterrados de Florencia, su ene tener en consideracion cia de este vate en la his- su índole y personalidad, nanera de tratar la política

ca el primer hombre mo- tes y despues, se esforzó en

estudiarse a sí mismo y en explicar a los demás el resultado de sus observaciones. Al través de toda su vida se descubre este afán de conocerse a sí mismo, mérito que no pierde su legitimidad porque no produjera el resultado deseado, es decir, la consiguiente mejora interior y la correccion de los defectos reconocidos como nocivos. Petrarca habla de su persona en varias de sus obras; en sus cartas, que dividió en tres clases, familiares, seniles y sin título, que forman 40 libros, obra de la vida de un hombre, y en la cual no refiere, con la minuciosidad que seria de desear, los sucesos de su vida, pero en cambio pinta con todos sus detalles y la mayor fruicion, su interior. Su epístola a la posteridad (*epístola ad posteros*) viene a ser el principio de una corta autobiografía que apenas abarca dos terceras partes de su vida, pero en la cual, a fuer de verdadero biógrafo, concede por lo menos igual importancia a la historia de la formacion de su carácter é índole, que a los sucesos que influyeron en su existencia, lo cual se observa, principalmente, en sus confesiones, que son una especie de revista retrospectiva con su parte de cálculo ó pronóstico del porvenir, y llevan diferentes títulos, segun los asuntos de que tratan, como: *Secretos, El desprecio del mundo, los cuidados y sus conflictos* (*Secretum, De contemptu mundi, De conflictu curarum suarum*). Por supuesto que no hay que buscar en esta epístola ni en las otras ni una descripción imparcial de los sucesos, ni un programa decidido para la conducta futura. A Petrarca, acaso mas que a otros que se estudian a sí mismos y publican la historia crítica de su propio ingenio, carácter y corazón, puede apli-

carse el dicho acertado de Hettner (1): «Diarios y confesiones continuados con regularidad llevarán siempre el sello de la vanidad de los autobiógrafos que los escriben y que siempre tomarán posturas artificiales delante de este su pretendido espejo, figurándose en su imaginacion ser héroes de novela.» No obstante esta debilidad, son las confesiones de Petrarca un documento notabilísimo sobre su época, y un instrumento indispensable para juzgar a su autor, porque entre muchas ficciones y de algunos rasgos de vanidad, ofrecen muchos datos verídicos y naturales, sin adornos ni barniz; y la misma tentativa de quererse observar y conocerse a sí mismo, hecha de una manera débil y defectuosa, da interés a la obra de Petrarca, aun prescindiendo de su mayor ó menor veracidad y de que sea mas ó menos completa.

En una de sus cartas refiere Petrarca por qué circunstancia se vió impulsado a observarse a sí mismo. A la edad de 32 años subió al monte Ventoux con Gerardo, su hermano menor y compañero de vida y estudios, que le obedecía en todo. Amábanse mutuamente, como corresponde a hermanos. El menor, atento solo a evitar las dificultades y obstáculos del camino, subia ágil y alegre, mientras el mayor, meditabundo y entregado a sus pensamientos, apenas sintió las molestias de la ascension; así llegaron ambos a la cumbre de la montaña, y Francisco Petrarca, en carta de 26 de abril de 1335, dirigida a su confesor favorito Dionisio da Borgo San Sepolcro, expresó en estos términos la impresion que le causó el inmenso panorama que se desarrolló en torno de los dos hermanos: «Quedé asombrado. Debajo de mí las nubes, y delante de mí se dilataba en lontananza el suelo amado de Italia, y se elevaban las cumbres de los Alpes cubiertas de nieve, que parecian casi al alcance de mi brazo; y sin embargo, tan distantes estaban estos y aquel. Creia aspirar el aire de Italia, y experimenté un deseo inmenso de volver a mi patria y al lado de mis amigos; pero pronto me reprimí por ceder a este deseo afeminado é inconveniente. Entonces me acordé de tiempos pasados, cuando estudiaba en Bolonia, y hube de confesarme que si las inclinaciones y deseos habian cambiado, los vicios y defectos continuaban los mismos.... Despues volví a dirigir la vista al espectáculo grandioso de la naturaleza que me habia hecho emprender la ascension, y ví a mi alrededor montañas y valles, las tierras y el mar, lo cual me causó gran placer; y mientras me entretenia contemplando cada cosa por sí, ora hundiendo la vista en el fondo, ora alzándola y elevando el espíritu al cielo, saqué las confesiones de San Agustin maquinalmente de mi faltriquera, porque es un libro que me acompaña a todas partes y que bajo un volúmen reducido oculta un contenido riquísimo, y dí al abrirlo con este pasaje: «Ahí van los hombres a admirar las cúspides de las montañas, las olas enormes del mar, los anchurosos lechos de los rios, los océanos dilatados y las órbitas de las estrellas, y se olvidan de estudiarse a sí mismos.» Al leer esto me espanté; cerré el libro y me dirigí reconvenções amargas por haberme dejado encantar por cosas terrenales, cuando podia haber aprendido hacia mucho tiempo, hasta de los filósofos gentiles, que lo único grande, lo único digno de admiracion es el espíritu, el alma. Con este pensamiento bajé taciturno de la montaña, aparté mi mirada de las cosas exteriores y la dirigí a mi interior.»

(1) El ya citado Burckhardt y Teodoro Hettner son los autores que Luis Geiger, autor del presente período histórico, ha puesto mas a contribucion. T. Hettner, nacido en 1821, fué profesor y catedrático de estética é historia del arte en la Universidad de Jena y luego en el *Politecnium*, y director del museo de Dresde. Es autor de muchas obras apreciabilísimas, siendo la mas célebre su *Historia de la literatura del siglo XVIII* (Brunsvick, 2.ª y 3.ª edicion, 1872), que trata de la *literatura inglesa, francesa y alemana*. (N. del T.)